

Cómo no luchar por mi terruño...

HISTORIAS DE VIDA
DEL TOLIMA



Colectivo Ansur

CON EL APOYO DE
Misereor y Fastenaktion

Cómo no luchar por mi terruño...

HISTORIAS DE VIDA
DEL TOLIMA



CON EL APOYO DE





6 Agradecimientos

8 Prólogo



- 12 **ÁLVARO BERNAL**
El líder que rompe silencios



- 20 **CARLOS ENRIQUE RUIZ OSPINA**
Mi río necesita amigos



- 24 **FREDERMAN GÓMEZ**
Enseñanzas del abuelo Julio



- 30 **DIBA ANDRADE**
La orquídea y su huella
sin recono-ser



- 36 **STELLA MACANA**
Por ti



- 42 **ISABEL LLANOS CERÓN**
¿Cómo va a quedar Cajamarca?



- 48 **LUIS ALBERTO RODRÍGUEZ**
Queriendo la tierrita



- 58 **NUBIA CASTRO CÁRDENAS**
Una tonta enamorada



- 68 **YEIMY ALEXANDRA
QUIMBAY VACA**
Mi origen, mi fuerza.
La esencia de mi vida

Agradecimientos

Después de un trabajo como este hay mucho que agradecer, especialmente a quienes nos contaron sus historias. Gracias por su tiempo, por aceptar el reto de compartir sus memorias y hacer de este libro una realidad. Gracias también por seguir luchando, desde sus territorios y sus organizaciones, por una Colombia mejor.

Gracias a Semillas de Agua por el trabajo que realizan en Tolima. Las relaciones y la confianza que tejen con cada una de estas personas hacen posible que surjan narrativas y alternativas de vida inspiradoras. Gracias por su apoyo permanente para que esta actividad saliera adelante.

Gracias a la escritora Pilar Lozano Riveros por orientar los talleres. Con su experiencia, generosidad y cercanía a la gente, estimuló al grupo a pasar de la desconfianza en su capacidad de escribir, a la emoción de poner en palabras vidas que merecen ser contadas.

Y, finalmente, gracias a Misereor y Fastenaktion, dos agencias internacionales que con su apoyo solidario y financiero impulsan trabajos como este que fortalecen a las organizaciones y comunidades que defienden y afirman derechos en diferentes partes del país.



Prólogo

Conversar viene del latín conversari y significa "vivir, dar vueltas en compañía". Por otra parte, hablar es poner fuera lo que podría enquistarse dentro. Cuando una maraña emocional logra hacerse discurso es que, de alguna forma, ya la hemos desenredado. Si ya está fuera, no está de igual forma dentro.¹

Quien escribe comparte y al hacerlo organiza a la vez su propio pensamiento. Así, durante horas, en el *Orquidario de Ibagué*, espacio lleno de rincones inspiradores, nueve personas de distintos lugares del Tolima tejieron palabras, construyeron historias, establecieron vínculos.

"Solo la gente rica y académica escribe", "Nosotros no somos poetas, ¿por qué nos trajeron a un taller como este?", fueron los reclamos en las primeras horas de trabajo. Había resistencia a escribir, desconfianza en la capacidad para concretar en palabras la propia voz, inseguridad para desprenderse del esquema de informe y volar por otras rutas...

Estaba también la duda inmensa sobre si sus experiencias tendrían valor para otras personas. Tal vez sentían temor

¹ Gallego, M (2021). "El oficio de contar: dar vueltas en compañía". Pikara Magazine: Recuperado de <https://www.pikaramagazine.com/2021/03/el-oficio-de-contar-dar-vueltas-en-compania/>

a no hacerlo "bien", con buena ortografía, y también miedo a ir hacia adentro, a volver a lo que dolió, a lo que se quedó en la memoria, lo que no se nombraba desde hacía mucho tiempo, o nunca se nombró.

Fue difícil que llegaran las palabras, pero al final el lápiz las iba soltando, la emoción y las sonrisas aparecieron cuando descubrieron que llevaban la poesía por dentro. Surgieron frases bellas. Unas, descripciones de paisajes, de personas: "Cada día nos trae un espectáculo diferente: cuando al amanecer está el viento en calma, las nubes se posan sobre la extensa planicie del plan del Tolima. Parece un rebaño de ovejas en reposo"; "No, mamá, son colibríes, le corregí mientras le acariciaba sus canas; ya parecía que llevara la nieve del Nevado del Tolima en su cabeza".

Otras, manifestaciones de arraigo y de la vida en el campo: "Me fui siendo niño por decisión de mi papá, por añoranza regresé siendo adulto"; "Despeinada y sucia de verde aprendí a amar el campo"; "Lo más difícil fue el marrano, tocaba amarrarlo con un lazo, me enredaba y me tumbaba y me arrastraba".

Algunas, relatos de momentos duros y del hacer con otras personas: "Como salimos a la carrera,



recuerdo niños sin zapatos, otros que del afán salieron con botas del mismo pie"; "Sí, definitivamente la abuela, de hablar suave pero convincente —imponía siempre sus ideas— fue mi inspiración, me sembró la semilla del trabajo comunitario"; "No me espantaban ni los soles tremendos, ni las pendientes pronunciadas. Me animaba la receptividad de la gente".

Y maneras ingeniosas de presentar la historia de vida: "Este es mi primer casamiento. Y esta mi historia de superación".

Fueron tres jornadas de dos días cada una. Las lecturas de textos literarios sirvieron para imaginar formas diferentes de narrar. Los cuadernos se fueron llenando de palabras y tachones. Las lecturas en voz alta y los comentarios del grupo aportaron nuevas ideas para seguir reescribiendo... Las historias fueron tomando la forma de las buenas narraciones, esas que logran sorprendernos.

"No pensé que tuviera algo que decir y que mi vida hubiera sido tan interesante"; "Quedo muy feliz y orgullosa de mí por todo lo que he construido"; "No sabía que tuviera este talento"; "Esta historia solo la podía escribir yo, porque yo la viví." Son apenas unos de los sentires que dejó la experiencia. Al final una inquietud quedó rondando: ¿un taller de novela?, ¡hay tanto por contar!

Desde Ansur apoyamos estos talleres porque creemos que en un contexto de conflicto armado como el colombiano, invitar a escribir historias de vida a algunas de las miles y miles

de personas que en medio de la violencia se han convertido en defensoras de derechos y de su territorio, es una manera de visibilizar pedacitos de lo que ha sido Colombia. Reconocemos el valor que estas vidas tienen para un país lleno de silencios, de experiencias no contadas, de dolores; son relatos de luchas que aportan a la justicia y a la paz.

Esperamos que este libro sea inspirador para que otras personas se junten y se animen a dejar memoria escrita de su propia vida, que no se pierdan las millones de apuestas por "el buen vivir" que, día a día, brotan en todos los rincones del país.

Colectivo Ansur



ÁLVARO BERNAL

El líder que rompe silencios

Uno no nace líder, lo nombran, lo aprende, lo ilustra y lo aplica sin saberlo. Desde el momento en que llegué a Los Andes, piedemonte andino, en la cuenca del río Coello, la comunidad de la vereda donde me ubiqué me dio el título de representante del Comité Ambiental. Por la simplicidad parece sencillo, de poca relevancia.

Las apariencias engañan. La mejor conexión que puede existir y que es el hilo que nos motiva es el enamoramiento. La extraña fuerza que nos impulsa para que nos movamos. Acepté sin reparo. La Junta me prometió que en cualquier situación anómala me apoyaría. Aún recuerdo las palabras de la comunidad: “Sí, sí, hágale, nosotros lo apoyamos”.

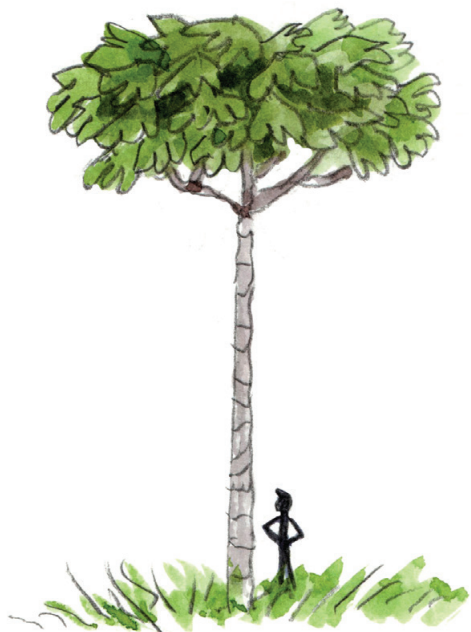
La ignorancia es el sendero que nos conduce a pisar terrenos peligrosos. No sabía qué me quisieron decir. Como

recién llegado, estaba sano; no presentí en qué chicharrón me metía. Poco a poco fui aprendiendo, lo empecé a digerir. Me enfrenté a cazadores, verdaderos depredadores que desequilibran los ecosistemas... y a taladores de árboles que sin importarles que fueran bosques ajenos —algunos de mi propiedad— los aserraban. Su respuesta a mis reclamos era siempre igual. Yo, como foráneo, desconocía sus leyes; es decir, la ley del silencio.

Vivo en un paraje hermoso, en medio del páramo montano a dos mil quinientos metros de altura, totalmente rodeado de montañas donde sobrevive vegetación nati-

va y por las que se descuelgan diecisiete nacimientos de agua que, después de varias vueltas, conforman al río Andes que desemboca en el Coello. Un paisaje poblado de orquídeas, laureles, cedros, robles, guarumos...

Es extraño: por lo general me despierto a la misma hora, es como si tu-



viera una alarma encendida dentro de mí. Las ansias por una buena taza de café me hacen levantar de la cama, prender candela en mi fogón de leña para degustarlo en el umbral de la casa y observar el lejano horizonte por el oriente.

Cada día nos trae un espectáculo diferente: cuando al amanecer está el viento en calma, las nubes se posan sobre la extensa planicie del plan del Tolima. Parece un rebaño de ovejas en reposo. Y a medida que el viento se empieza a agitar, las nubes se van escurriendo y pasan frente a mí; las veo cansadas avanzando lentamente por la cañada de la vertiente grande.

La naturaleza en su más humilde expresión hace visibles sus maravillas. Las arañas, tan laboriosas, construyen con esfuerzo las telarañas entre las ramas de las pequeñas plantas. Estas se hacen visibles al paso de la neblina y quedan diminutas gotas de agua atrapadas en sus redes; brillan como hilos de plata bajo los rayos del sol.

El corazón de uno es una cajita donde va guardando momentos memorables. Por simples y sencillos que sean tienen vida, tienen sentido y nos llenan de nostalgia cuando los recordamos.

Por esta gran riqueza he luchado y afrontado los riesgos y peligros frente a los intereses mezquinos de quienes viven de su riqueza: los taladores, de los que ya hablé, que

invaden terrenos ajenos; los grupos armados que amedranan: “Si vemos que alguien viene a mirar las aguas o los bosques, no respondemos”, me advirtió un día un comandante; las grandes empresas que estando en la obligación de reinvertir en beneficio de las comunidades, nunca lo hacen.

Tenemos una herramienta, el POMCA, Plan de Ordenación y Manejo de Cuencas Hidrográficas; tenemos que conocerla a fondo para hacerla más eficaz. Desde siempre he pensado que las entidades encargadas de cuidar la cuenca están fallando. Se han centrado en adquirir los bancos de agua, pero no le ponen atención al páramo montano, la zona altamente boscosa que sirve de filtro y retención del flujo del agua; es como una llave natural que la regula, y es ahí donde vivo. El POMCA contempla las medidas que tenemos para defender nuestra riqueza.

En el año 2004 lo conocí. Nos convocaron a una reunión a todos los líderes de las riberas del río Coello y sus afluentes. La idea era dar impulso al decreto 1729. Fuimos tantos, que fue necesario dividirnos en varios grupos en diferentes escenarios. Este río, vital para la vida, los cultivos y la agroindustria de siete municipios, pedía a gritos ser atendido; estaba muriendo y aún no hemos logrado detener este daño. Lo esencial es invisible al común de los ojos; solo los ojos del alma lo ven y lo hace visible.

En el 2012 me invitaron a una reunión ambiental auspiciada por una ONG de la cual no tenía el más mínimo conocimiento: la WWF.

Debo reconocer que participé por dar cumplimiento a mi compromiso como representante de mi comunidad. La primera charla fue muy difícil para mí, al extremo de llegar al desánimo: no me acomodaba, no me acoplaba, no entendía nada... fui una rueda suelta.

Es complicado compenetrarse con el propósito de un mundo desconocido; aun así, participé hasta el final. La armonía y la simpatía tanto de los compañeros como de los profesionales que nos ilustraron, primero en los derechos fundamentales que ampara la Constitución, y después sobre la importancia del agua y sobre el impacto y actuación de la minería en la vida humana, despertó todo mi interés. Estimuló de nuevo mi pasión por la defensa de la vida y el ecosistema de toda una región.

Uno de esos días visitamos las instalaciones del Distrito de Riego del río Coello en Espinal. Fue una visita algo



así como investigativa. Participamos muchos, algunos extranjeros: de Europa, Australia, Perú, Ecuador.

La WWF y Semillas de Agua, con juicio, tomaron nota sobre los ingresos y egresos, sobre las inversiones hechas, las ganancias en proyectos útiles al servicio de las comunidades ribereñas de la parte alta. Conclusión: en la zona de páramo montano no se ha hecho ninguna obra por parte de Usocoello, que agrupa a los usuarios del río Coello.

Al día siguiente tuvimos un conversatorio de acción ciudadana en Anaime, seguido de uno en Ibagué. Al final

muchas entidades y alcaldías se comprometieron en distintos pro-

yectos. Yo radiqué uno para

implementar la planta de tratamiento de agua pota-

ble, con criterios ecológicos, para la región de Los Andes.

Hasta el sol de hoy no han sido sino promesas. De ahí mi reflexión final:

El vacío es donde dormita la indiferencia,



el olvido, el ya pasó como política de Estado. Ellos desconocen que existen fuerzas vivas, corazones que aman con sentido de pertenencia nacionalista y patrio, a quienes les duele lo que está pasando y no olvidan.



**ÁLVARO
BERNAL**



CARLOS ENRIQUE RUIZ OSPINA

Mi río necesita amigos

Mi nombre es Carlos Ruiz y esta es mi historia: Llegué a mi pueblo después de treinta años de ausencia. Me fui siendo niño por decisión de mi papá, por añoranza regresé siendo adulto.

Volví a mi tierra, escuché el canto de las aves, el sonido de las aguas del río, el murmullo de los animales del campo... y también vi la otra cara de la realidad: mi río Opía agonizaba. Sus ostras de agua dulce, esa especie que conocí y disfruté hace muchos años, las que mis abuelos protegían, de las que tan bonito hablaban en sus historias y de donde salían las perlas que lucían en sus cuellos y en sus manos nuestras abuelas, estaban en vía de extinción.

Ellas desde el cielo lo deben mirar hoy con profunda tristeza. El río era su máspreciado tesoro en sus épocas de juventud. Un lugar de tertulias y de encuentros con sus

amigos. Sus aguas cristalinas y puras eran sinónimo de paz y tranquilidad. Los pescadores en las tardes sacaban en sus redes abundantes peces. De ese río, que rugía en temporadas de invierno, queda poco. Pero se resiste a desaparecer.

Esto me motivó a conformar un grupo para salvarlo. Mi río necesita un aliado, un verdadero amigo para su protección.

Tantas veces he visto a los líderes de mi pueblo romperse sus vestiduras por salvarlo. Pero esas palabras, esos elogios y ese amor que dicen profesar por él, se los lleva el viento. Es el caballito de batalla que todos utilizan para proteger sus intereses. Uno de sus peores enemigos es el cultivo de arroz. Captan sus aguas para los riegos y las devuelven servidas, contaminadas por químicos, al río.

Nosotros, como guardianes del Opia, seguimos protegiéndolo. La comunidad está aprendiendo a cuidarlo. A ser conscientes de que es sinónimo de vida, presente y futuro de nuestro pueblo.



A los niños y a los jóvenes les enseñamos cómo consentirlo. Los invitamos a un paseo al río a conocer las os-tras, a tocarlas, a abrirlas y conocer sus secretos. Les contamos cómo se reproducen, son nuestro patrimonio cultural. Al terminar la jornada se zambullen en el río, juegan con sus olas, sienten que es realidad lo que les decimos: el río necesita amigos que lo cuiden. Día a día lo aman más.

Mi lucha continúa...



**CARLOS ENRIQUE
RUIZ OSPINA**



FREDERMAN GÓMEZ

Enseñanzas del abuelo Julio

Este es mi primer casamiento. Y esta mi historia de superación.

A mi abuelo, que le gustaba vestir con sombrero y fumar tabaco, le iban a embargar la casa en Cajamarca por veinte mil pesos, pero si pagaba cinco mil de intereses le daban más plazo. Él no tenía cómo pagar. Yo le conseguí los cinco mil, se lo había prometido el día en que lo encontré triste, aburrido, quejándose porque se iba a quedar sin nada.

Por lo que hice, él me confió la escritura y así comenzó toda una forma de lucha: cartas de compra venta, embargos, abogado, pleitos... pedir fiado.

Yo tenía diecisiete años y mi vida se convirtió en tristeza y penas, todo por conseguir el dinero para lograr liberar la casita del abuelo... Hasta vendí nueve novillas por



quince mil, ¡un platal en esa época! para obtener un nuevo plazo.

Yo lo quería mucho, él era rudo pero buen abuelo, le gustaba jugar conmigo y que yo lo afeitara.

De joven el abuelo vivió en una finca llamada El Tabor. Ahí nací, crecí y aprendí los resabios de los animales y los animales aprendieron los míos.

Había una yegua negra muy arisca, La Mirla, se llamaba.

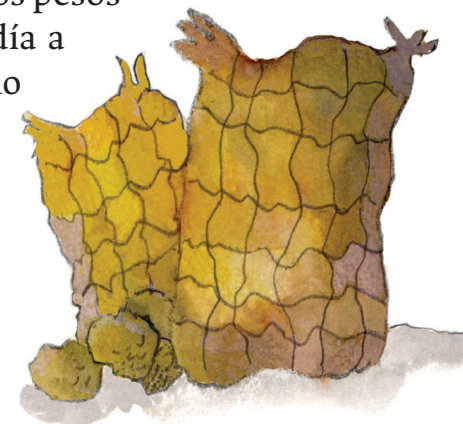
Yo soy muy buen vaquero y me inventaba espantos, trampas, malabares para cogerla y poderla montar. La Mirla me hacía sudar: se escapaba... yo la enlazaba... Esa fue nuestra relación, al final fue muy briosa. Jamás me rendí. Los amigos arrieros me decían en sus dichos: “usted, mijo, saca un par de buñuelos enlazados de una paila”.

Pero también viví en El Tabor una experiencia dura: el guerrillero al que llamaban Piel Roja denunció a mi papá y

a varios vecinos. Los acusó de darles comida. Los metieron a la cárcel disque por auxiliares de la guerrilla. Yo tenía diez años. En el tiempo en que él estuvo encerrado, La Mirla se volvió mansita, ya me conocía y sabía que no tenía ánimos para bregar y luchar con ella. Tan pronto soltaron a papá la yegua volvió a sus mañas y no se dejó enlazar más.

Yo siempre quise hacer las cosas bien, y a los catorce años me dije: quiero ser muy responsable. Me dediqué a ayudar a mi papá a quemar carbón, a sembrar papa. Pero un día, al trozar un árbol, mi papá se cortó un pie con el hacha. A mí me tocó ver por la familia casi por dos meses. Traía la comida desde Salento: la ida era una vuelta que me tomaba, solo de bajada, cuatro horas. Llevaba dos cargas de papa que me daba una señora al porcentaje; las vendía y me quedaban doscientos pesos para mercar. Regresaba el mismo día a las cuatro o cinco de la tarde. Como los animales ya estaban cansados, me tomaba más tiempo. Llegaba casi a la media noche.

A veces encontraba la quebrada crecida; me tocaba esperar una o dos horas hasta que bajaban las aguas. Cuando la





cruzaba me sentía feliz. Solo faltaba media hora para llegar a casa.

Tuve miedo cuando me llegó ese pensamiento de ser responsable, me sentí envejecido, pensaba que si no hacía las cosas bien terminaría encanado, pero esta fue mi decisión.

Una vez, un rico me prestó quince mil pesos, era mucha plata en ese tiempo. Le prometí que en dos semanas se los pagaba. Le pasé los mismos quince mil que me dio. Él me dijo: “A usted muchacho se le puede prestar plata, es muy cumplidito. El mico aprende a bailar dándole palo y el hombre a trabajar perdiendo”.

Esa plata fue para salvar la finca La Ermita, también del abuelo. El banco la embargó y yo pagué en total doscientos mil. Me hicieron la escritura. Me casé con lo que liberé del abuelo y a los veinte años era propietario de sus bienes.

Por eso mi tío Juan me decía: “Usted maduró biche, mijo”. Y sí, desde muy joven trabajé duro y empecé a hacer capital.

Mi abuelo murió en 1981 y yo, después de cuarenta y cinco años, conservo la finca y la casita que logré salvar.

Finalmente cumplí lo que él quería: que su herencia se mantuviera en la familia. “Uno cuando consigue las cosas es para casarse con ellas”, me decía. ¡Palabras sabias! Era un hombre cariñoso, siempre me daba consejos.



**FEDERMAN
GÓMEZ**



DIBA ANDRADE

La orquídea y su huella sin recono-ser

A nuestros dieciséis... Siempre me preocupaba por qué Ramiro, mi gran amigo, llegaba a la casa con botas sucias, pero un día lo descubrí. Lo acompañé a la Reserva Natural Orquídeas del Tolima y mis botas también se ensuciaron. Esa primera vez que caminé con él por ese paisaje, no lo dije pero pensé: algún día trabajaré aquí. Fue extraño, pasó el tiempo y sucedió.

Era tutora de un niño, un día el papá me dijo: tengo una finca y me gustaría que fueras a ayudar con las cuentas de las flores exóticas que crecen allí. Eso fue hace unos dieciséis años, yo era de ciudad, el campo me era ajeno, pero poco a poco la naturaleza me envolvió. Era un sitio en donde los hombres mandaban, fui la primera mujer en el lugar, fue duro, ellos no aceptaban que yo orientara el trabajo.



Hice mi tarea, las listas quedaron perfectas y como estaba segura de que no iba a volver, antes de entregarlas quemé la ropa de trabajo, incluso los tenis. Pero el jefe me invitó a quedarme. No lo dudé; empecé a elegir mis propias tareas: aprendí a ordeñar, a guadañar, machetear... Y un día entendí que la naturaleza sentía..., eso no lo enseñan en la escuela. Ese día dentro de mí sentí el reflejo de la vida y cambié.

Aprendí el idioma de la naturaleza: estaba rodeada de seres vivos, no eran simples plantas o animales. De las orquídeas descubrí que es mucho el esfuerzo que requieren para florecer. Tardan diez años, y luego ellas mismas deciden si se reproducen o no. Pasan nueve meses para sacar sus plántulas y completar el círculo de la vida.



Descubrí que las aves antes de volar caminan. Yo estaba vigilando un nido y cuando a los polluelos le salieron las plumas no los vi. Pensé que la Michi, mi gata, se los había comido. Me fijé y estaban caminando entre las hierba; se escapaban: ¡yo era un ser extraño! Y supe pronto que las aves utilizan los colores para enamorar, protegerse y cuidar a su familia. El rojo del cardenal pico de plata macho es más vistoso que el de la hembra. En general ocurre así, aunque hay excepciones como la oca: la única diferencia es que la hembra es más pequeña y tiene una membrana entre sus patas.



Mi tarea es lograr que toda persona que pase el portón de la reserva, cambie la ciudad por la naturaleza, se enamore de ella.

Con los niños pasa algo especial, la naturaleza se emociona, se deja ver... la orquídea muestra la fragilidad de la vida. En ella hay algo mágico, sus figuras, sus formas y los deliciosos aromas que cautivan y embriagan.

—Mira, tienen caras—, dijo un niño fascinado mientras las observaba.

Hay tanta similitud entre ellas y los seres humanos, que logro que quienes visitan estos senderos descubran que somos parte de un todo, de la naturaleza.

El tiempo vuela aquí, como las aves que revolotean: las tangaras, el carpintero abado, el azulejo... Ellos también dan lecciones: a veces los más pequeños espantan a los grandes como ocurre con el carpintero que asusta con su pico fuerte hecho para taladrar. Ellas, las aves, junto a las mariposas, las abejas... mantienen esto vivo, sin la polinización no sería viable esta belleza.

Todo esto me recuerda a mi madre Stella. La última vez que estuvo aquí conmigo, la encontré encantada siguiendo el vuelo de pequeños habitantes de esta reserva.



—Mira, hija, qué lindas mariposas—, me dijo; la vi realmente emocionada.

—No, mamá, son colibríes—, le corregí mientras le acariciaba sus canas; ya parecía que llevara la nieve del Nevado del Tolima en su cabeza.



**DIBA
ANDRADE**



STELLA MACANA

Por ti

Hasta los dieciocho años viví en la ciudad, rodeada de comodidades. Todo cambió cuando me casé.

Llegué al campo, al comienzo me pareció hermoso, pero el reinado me duró poco. Un día mi marido me contó:

—Amor, compré un trabajadero...

—¿Qué es eso? — pregunté. Llegué al ranchito y lo entendí. Me provocó llorar: era una casa de bareque, piso de tierra, la cocina solo tenía techo, no había paredes y el fogón estaba montado sobre una tulpa: tres piedras en el suelo.

Después supe que ahí tenía que cocinar para los trabajadores. Sólo pensaba en la joroba que me iba a salir y además no sabía preparar frijoles, ni arepas, ni un cuchuco, ni el sancocho.

Las sorpresas no pararon. ¿Qué estaba pensando cuando me casé?, me pregunté cuando llegó la estera que nos serviría de colchón.

Sufría en silencio, la escoba de ramas me ampollaba las manos, la ceniza y el tizne me quemaban la piel, no sabía servirle la porción a un trabajador, ellos comían mucho. Todo esto fue un caos, lloraba y extrañaba mi trabajo, mis libros, todo lo bonito que dejé atrás en la ciudad... ¡y cambiarlo por vivir así!

Pensé: si me casé por amor, puedo hacer este cambio también por amor. No voy a rendirme. Subí la loma, me senté en una piedra y desde arriba, al ver el paisaje, me dije: en la ciudad respiraba solo contaminación y acá en el campo vivo entre aire puro, tranquila, rodeada de naturaleza, agricultura, pájaros. Así me llené de valor: ¡Yo puedo salir adelante!

Me sentí también capaz de cuidar animales: marranos, piscos, patos. Lo más difícil fue el marrano, tocaba amarrarlo con un lazo, me enredaba y me tumbaba y me arrastraba. Me gusta recordar esos momentos porque para mí, recordar es vivir. También, a veces, se me viene a la cabeza el momento en que mi enamorado fue a pedir mi mano a papá, él no aceptó.

—Yo me voy a casar, insistí—, necesito su bendición.

—No estoy de acuerdo, si ya consiguió otro papá, váyase—, reafirmó y se negó a dármele. No me acompañó al matrimonio.

Mi mamá intervino:

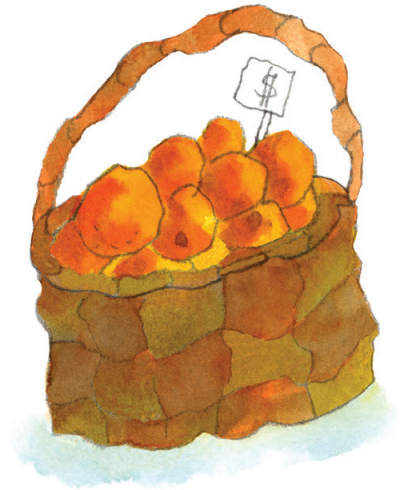
—Yo le doy el permiso y la acompaño—. Pero me hizo una advertencia: —El que se casa necesita casa y costalito para la plaza—. Me sacaron de casa antes de casarme.

Fui una mujer echada para adelante, no tenía más opción. Me siento orgullosa. Le di estudio a mis hijos. Cuidé cerdos, pollos, hice tamales, vendí jugos, tinto, gaseosas. Un día para comprarles los uniformes me subí a los palos a bajar naranjas y mandarinas, las vendí.

Desde que estaban en primaria les decía:

—Quiero que estén preparados para el futuro, que tengan una vivienda digna... no como me pasó a mí. No quiero que tengan que levantar las paredes de la cocina amasando barro para que el viento no apague el fogón; ni que tengan que cargar murrapo, una palma que sabiéndola colocar, no deja pasar el agua.

Mis hijos me han recompensado. Uno hizo dos carreras: sargento y abogado, el que sigue es ingeniero de sistemas, el otro mecánico y chofer profesional y la chiquita

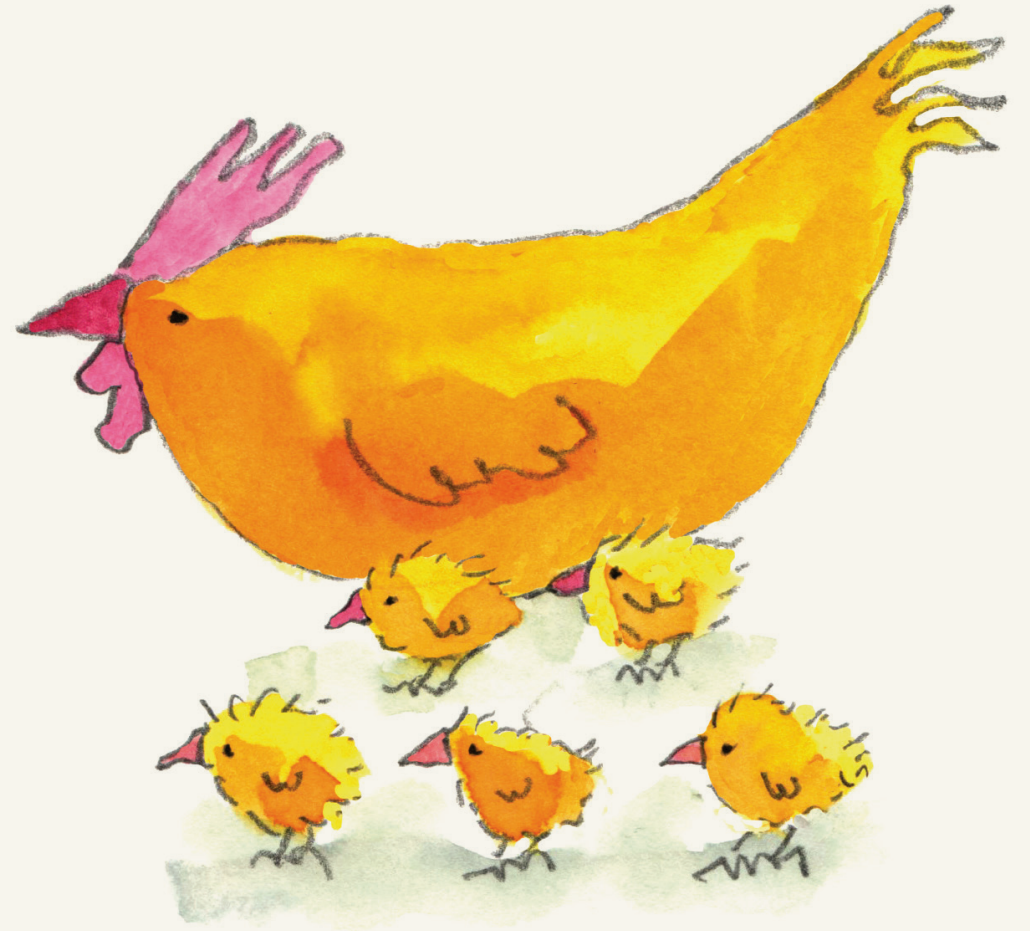


sabe muchas artes: pintura en tela, coser... todo curso que dan lo toma.

No me arrepiento de haber dejado la ciudad por el campo, hoy vivo feliz, tranquila y con la familia que siempre soñé.



**STELLA
MACANA**





ISABEL LANOS CERÓN

¿Cómo va a quedar Cajamarca?

¿Cómo va a quedar Cajamarca?, pensé la primera vez que oí hablar de Anglo Gold Ashanti, eran las 4:00 de la tarde un día de mediados del dos mil en el parque Murillo Toro de Ibagué.

Había viajado de Cajamarca a Ibagué a realizar una vuelta en el banco, y por suerte, vi un alboroto y gente en el parque; me llamó la atención. Un señor rubio y muy alto, decía que en Cajamarca la minería a cielo abierto iba a acabar con toda la región.

Decidí quedarme a escuchar y recibí un volante. Quedé muy impresionada al ver una foto que mostraba la minería de oro y sus impactos en otros países. Sólo vi destrucción y pensé lo peor; compré un CD que explicaba todo lo que el señor rubio estaba contando.



Lo llevé a Cajamarca a casa de mi tío, un empresario con sentido de pertenencia, él quería mucho a esta tierra pues le había dado todo lo que tenía.

Mi tío vio el vídeo se asustó y exclamó:

—¡Van a acabar con el agua y con Cajamarca! Y de inmediato me dijo:

—Chata, hay que luchar para que se acabe la minería...

Él ya apoyaba a los que se oponían al proyecto minero. Lo hacía callado.

Muchas personas de Cajamarca que estaban en contra de la minería se habían ido del pueblo, por sufragios y amenazas que aparecían debajo de sus puertas. Al tío le fascinaba la idea de la lucha y la resistencia, supo de la consulta popular y de inmediato invitó a la familia a trabajar por ella...

Decidí participar y me uní al diplomado ambiental que convocó la Universidad de Tolima. Colaboré en toda sus convocatorias. Más de doscientas personas, nos graduamos

felices por entender un poco más sobre los riesgos que se nos venían encima.

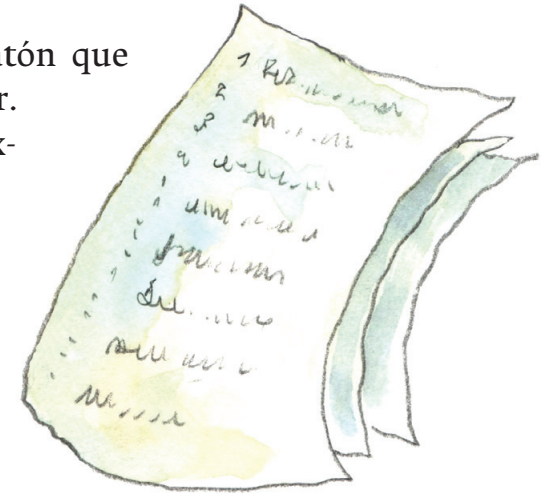
El temor subió como la espuma en el pueblo. La gente empezó a salir a las Marchas Carnaval, inclusive a las de Ibagué y Armenia. Muchas organizaciones: Semillas de Agua, Cosajuca, Ecotierra, el Comité Ambiental de Ibagué, Conciencia campesina..., estuvieron en la lucha.

Empezamos a recoger firmas para avalar una Consulta Popular por iniciativa ciudadana. Yo logré más de ciento cincuenta, todas conscientes, sin prebendas. No me espantaban ni los soles tremendos, ni las pendientes pronunciadas. Me animaba la receptividad de la gente:

—Mijita ¿quiere un poco de limonada? ¿o algo de comer?...

Fue una gran firmatón que avaló la consulta popular.

Los afanes y la inexperiencia, hicieron que la primera pregunta para la consulta enviada al tribunal se anulara. Se bajó la moral, nos invadió el desánimo...



Por fin la pregunta fue aprobada: si o no a la minería en Cajamarca. Se nos vino la fecha, 26 de marzo de 2017. Me compré botas nuevas y salí a sensibilizar a la gente para ganar votos.

Visité varias veredas quince días antes de la consulta; llevaba la pregunta en la mano, y mucha capacidad para socializar los riesgos con las familias.

En el pueblo se volvió famosa mi chicha de arracacha, la llevé a todos los eventos preparatorios; con un bulto hice esta bebida para más de doscientas personas. Ese tiempo previo fue de pura fiesta por la defensa del territorio.

Del otro lado, la Anglo Gold Ashanti utilizó artimañas para ganarse a la comunidad y sabotear la consulta. Nos decían “Los pinochos de Cajamarca”, “Los ambientalistas enemigos del desarrollo”. Sí, nos estigmatizaron y pusieron en riesgo...

Llego el día, ese domingo amaneció lluvioso. Las mesas de votación estuvieron muy solas en la mañana. Nos preocupamos todos; pero al medio día se prendió la mecha. Empezó a llegar la gente del campo, estuvieron listos los tamales, las arengas...

Desde temprano con buses parqueados por todo lado la empresa invitó a la gente al parque del café, a Piscilago, para desestimular la votación; se la jugaron a la abstención.

Pero no lo lograron. Pudo más la dignidad, y la decisión sobre todo de las mujeres...

A las 5 y 30 p.m, se dio la noticia: más de seis mil cajamarcunos votaron por el NO, y muy pocos despistados por el SI.

La minería fue prohibida en Cajamarca, una alegría inmensa, salimos a las calles, gritamos hasta el amanecer !Si se pudo... si se pudo... !Celebramos con chicha;



**ISABEL
LANOS CERÓN**



LUIS ALBERTO RODRÍGUEZ

Queriendo la tierrita

Mi abuela, mujer guerrera, procedente de Boyacá, hacía mazamorra para vender y en la madrugada, mientras pilábamos el maíz, narraba las vivencias en la finca de sus padres.

Mis hermanos y yo no tuvimos finca, pero nos sentíamos protagonistas de aquellas historias de amor por el campo y la naturaleza.

La abuela añoraba los tiempos del trabajo comunitario. La gente no estaba encasillada en su propia casa; salía a trabajar por los otros. No era solo lo mío sino lo de todos. Así ella nos contagiaba de la pasión que despierta sentirse en medio de las mingas ese tipo de trabajo que eran el diario vivir en su juventud.

Años después, sus palabras me hicieron comprender la importancia de lo comunitario y sus beneficios: producir

alimentos y compartir saberes es la mejor muestra de la sana convivencia. Las mingas y el trueque hacen más armónica y placentera la vida. Se disfruta de la solidaridad.

Sí, definitivamente la abuela, de hablar suave pero convincente –imponía siempre sus ideas– fue mi inspiración, me sembró la semilla del trabajo comunitario. Ya llevo más de treinta años en este camino.

Al terminar mi bachillerato, como muchos Jóvenes, viajé a Cali, en busca de un mejor futuro. Allí tuve oportunidad de estudiar, trabajar y formar una familia. Viví en un ambiente totalmente diferente a mi origen, extrañaba sus paisajes y pensaba siempre en regresar.

En Univalle tuve compañeros guambianos, orgullosos de su origen y dispuestos a mostrar su cultura y arraigo por su terruño. Visité resguardos indígenas en Silvia y Coconucos. Aprendí mucho, por ejemplo que querer la tierra es habitarla, protegerla y defenderla a costa de lo que sea.

En el 2005 regresé a mi pueblo con muchas ideas, experiencias y conocimientos en diferentes áreas, con mentalidad de cambio y deseos de aportar al desarrollo de mi patria chica.

Vivir fuera, nos enseña a valorar todo lo que hay en nuestro terruño: costumbres, montañas, alimentos, aire

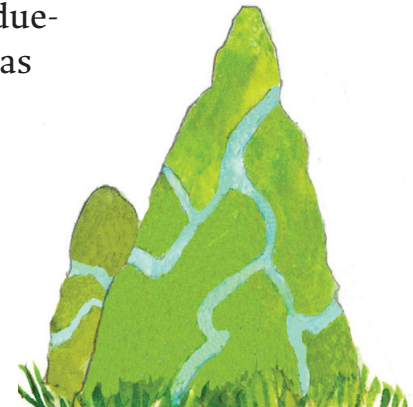
puro, la familia y los amigos cerca,... En otras palabras, se aprende a amarlo.

Así que la misión al regresar, era despertar en mis paisanos el sentido de pertenencia, como lo hice en Cali cuando como publicista enseñé a estampar en camisetas frases que se pusieron de moda: “Chévere Cali en chiva”, “Yo amo a Cali”.

Mi regreso a Cajamarca coincidió con la llegada de una multinacional minera que venía a destruir montañas para extraer oro. Compraban ya la conciencia de algunos líderes locales; pretendían desplazar a los pobladores mediante tácticas para adueñarse de territorios y explotar las riquezas del subsuelo.

Empecé a pensar en actividades para hacer visibles las amenazas que se nos venían encima. Y la empresa no aprovechara la actitud pasiva y desinteresada de los residentes.

Cajamarca es un paraíso bendecido con sus fuentes hídricas y la fertilidad de sus suelos. Esto le ha merecido el calificativo de **DESPENSA AGRICOLA DE COLOMBIA**. Pero olvidamos que esa gran riqueza despierta





la codicia de comerciantes y empresas de todo el mundo; quieren llegar a saquear y arruinar estas maravillas.

Vi en la llegada de la multinacional, la repetición de la historia colonial. Los españoles con su sed de oro, pretendieron fundar Ibagué en este sitio, desplazando, exterminando a nuestros ancestros pijaos. No

lo lograron; los invasores fundaron la ciudad en otro lugar. Dice una leyenda que hay columnas de oro que sostienen la meseta de Cajamarca, y otra asegura que un alemán dejó a su empleado cuidando su mina en el Cañón de Anaime; nunca regresó. Todo esto estimula la codicia, de g.uaqueros y empresas.

Esa reflexión me animó a emprender acciones en “Defensa del Territorio”. Me uní a organizaciones opositoras al proyecto extractivo. Con el apoyo de PAX CRISTI y otras ONGS internacionales, iniciamos la tarea de recibir información científica, que luego replicamos con la comunidad para crear conciencia ambiental. La desinformación sobre

los efectos finales de la explotación a cielo abierto, sumada a las estrategias de engaño de la minera y las mentiras de gobernantes pro mineros empezaban a enceguecer a la población.

Ha sido un camino largo, lleno de dificultades, pero también de logros. Lo primero, por la polarización que en su momento se dio: de un lado, el poderío económico de la multinacional y sus defensores. Y del otro, un grupo incipiente sin recursos económicos, pero apoyado en el arraigo, la vocación agrícola y el sueño de conservar siempre verdes nuestros campos.

Muy desigual la lucha; la empresa minera con sus millones de dólares lograron medidas a su favor. Como ocurre siempre militares y policías han protegido sus intereses y han perseguido y estigmatizado a todo opositor al proyecto. Con tantos dólares pagaron a expertos nacionales e internacionales en dar charlas tratando de convencer a la comunidad de las bondades y beneficios de la “minería responsable”. Han pretendido siempre engañar a una comunidad que poco sabe de esos temas.

Nunca olvidaré el día que, en una de esas reuniones, ridiculicé al expositor argentino que aseguraba que en su país estaba permitida la minería a cielo abierto. Yo tenía en mis manos un documento completo del Ministerio Argentino

que me había facilitado el Observatorio para Conflictos Mineros en América Latina, OCMAL, que afirmaba lo contrario. El argentino se retiró furioso del recinto. Eso me costó que no me volvieran a invitar a esos eventos.

La empresa no desaprovechaba oportunidad para promocionarse: el día del trabajo, de la madre..., financiaba orquestas, invitados de otras ciudades, refrigerios, recordatorios... Por supuesto nunca faltaba la firma de asistencia para luego afirmar que en Cajamarca toda la población estaba de acuerdo con la explotación minera.

Pero también hemos tenido muchos logros, para mi uno muy importante fue la visita del hidrogeólogo Robert Morant. Dio una conferencia donde contó verdades: el peligro que representan los diques de cola en donde se almacenan los residuos, auténticas bombas de tiempo; algo que siempre mantienen en secreto las empresas y hace parte de las consecuencias de una explotación a cielo abierto. Aprendimos mucho de aquella visita, como también de las experiencias contadas por peruanos invitados en otra ocasión. En Cajamarca, al norte de ese país, camuflaron el activismo en contra de las mineras utilizando figuras religiosas. Allí la explotación se detuvo: Conga no fue.

Nosotros en Cajamarca nos inventamos la Marcha Carnaval. Salíamos a la calle con Carraos —un campero

cargado de arracacha, granadillas, ahuyamas, mazorca...— y en pancartas mostrábamos nuestra inconformidad. Esta muestra cultural de protesta se hace hoy en Ibagué.

Tras muchos inconvenientes el 27 de Marzo de 2017 se realizó la CONSULTA POPULAR, con apoyo de muchas organizaciones: Comité Ambiental del Tolima, Universidad del Tolima y los Colectivos Ambientales del Municipio. Usamos lemas directos: “Sí a la vida, no a la mina” y “El Agua vale más que el oro y no tiene color político.” Se logró derrotar las pretensiones de la multinacional minera; pero la lucha continua.

Luchar contra la minería no es la única forma de cuidar el territorio. Los químicos de la agricultura también envenenan las aguas. Por eso los Cultivos Orgánicos, los



Mercados Agroecológicos, el uso de energía limpias, iniciativas que se hacen de la mano de la Corporación Semillas de Agua, mejoran la calidad de vida de familias campesinas.

Lo mejor que le puede pasar a Cajamarca es tener un banco de semillas. Él hoy ya es custodio de semillas nativas. Las semillas que nos llegan de fuera, nos encadenan a empresas, envenenan la tierra, nos quitan la autonomía y la posibilidad de sembrar y cosechar lo auténticamente nuestro.



**LUIS ALBERTO
RODRÍGUEZ**





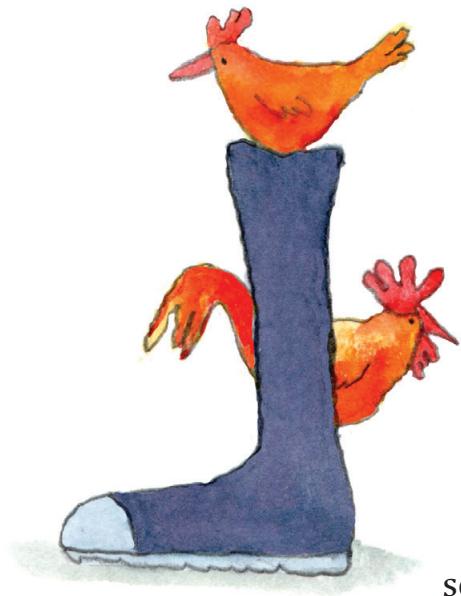
8 NUBIA CASTRO CÁRDENAS

Una tonta enamorada

La Lorena, mi terruño. Era la finca de mi abuelo, después pasó a mi padre, pero a él me lo arrebató el conflicto armado.

Él era mi único apoyo, mi talón de Aquiles. Yo tenía apenas catorce años y mi hermana, mi cómplice, unos dieciséis. Fue gracias a mi abuelo que este paraíso quedó en manos de nosotros, los cinco hermanos. Mi madre había muerto mucho antes. No faltaron los desacuerdos familiares pero lo peor llegó con el conflicto armado. Vivimos la guerra en vivo y en directo: “hombres de honor”, guerrilleros... Ya habían pasado los paramilitares, porque allá en mi tierra fue al revés: la guerrilla entró a sacar a los paracos y generó la que bautizamos la guerra de las gallinas.

Era 1989; el 16 de noviembre mataron a mi papá y la guerrilla dio la orden de desalojar para poder corretear



a los que dispararon a mi padre. Sacamos lo que pudimos; lo más fácil, las gallinas. En las chivas las engargolamos donde cupieran. Colgaban por todos lados; no había por donde pasar. El canto de los gallos y el cacareo nos acompañaron todo el tiempo. Eran más gallinas que personas. Pero sentíamos que sería el único sustento para la vida en el pueblo. Por eso

la recordamos como la guerra de las gallinas.

Como salimos a la carrera recuerdo niños sin zapatos, otros que del afán salieron con botas del mismo pie; una roja una azul o con los pantalones rotos..., ¡como estaban! En Chaparral aguantamos hambre, vivimos de la caridad. Poco a poco fuimos retornando. Yo me quedé trabajando como empleada doméstica y estudiando. Regresé ya con marido a los 22 años.

La guerra seguía, pero era más leve, eso sí vivíamos bajo sus leyes. En el 2008, cuando mis hijos estaban culminando la primaria, se agudizaron los combates. El ejército

nos tumbó la casa; solo quedaron cuatro columnas y un cilindro de gas. Pasaron cosas horribles... Para ir a darle vuelta al ganado cosí una bandera con una sábana blanca y un escobero. Se la di a mi hija.

—Me da pena —me dijo.

—Si no la lleva, no va— le advertí. Temía que la mataran y la hicieran pasar por guerrillera.

Mi más grande miedo era que mis hijos se fueran con la guerrilla. Pero se me borraba al verlos a él tan cercano a los animales y a ella tan apegada a mí.

Una noche hubo un ataque de puma, a la mañana siguiente vi a mi hijo subiendo la loma con un pedazo de machete mojado en la mano. Le grité:

—¿Qué va a hacer?

—Voy a buscar el puma para matarlo— respondió—. Estoy cansado de ese puma hambriento. Siempre sale a hacer daños.

Apenas tenía diez años.

Mi hija era mi compañera fiel. Iba conmigo a reuniones y salidas por el corregimiento. Le decía el papá:

—Lili, ¡Vaya acompañe a su mamá! Le da la mano.

Un día íbamos a una reunión el suelo estaba muy liso por la lluvia de la víspera, resbalé y rodé por un cafetal. Ella se sentó a reírse. Lo único que decía era: “¿Mami está

bien?"; nunca me dio la mano. La risa no la dejaba parar; así es desde niña siempre se ríe por todo.

Y fue por esa época que nació mi liderazgo en la comunidad. Terminaba el periodo de la junta, y el presidente no quería continuar. En la reunión para elegir a los nuevos representantes alguien me postuló. Hubo un diálogo de miradas con mi marido; decidí aceptar, a pesar del reto que representaba, por ser mujer y por la zozobra que se vivía por esas montañas con sus tonalidades a veces claras, a veces oscuras y ese verde que a lo lejos se convierte en azul. Pero siempre he sido creyente en Dios y sentí que me iba a proteger. Fui líder de la comunidad dieciséis años, los más duros del conflicto; se dieron enfrentamientos hasta en nuestros predios.

Mi esposo siempre me acompañó a lo largo de mi liderazgo, me aconsejaba... siempre ha estado ahí apoyándome en las situaciones difíciles y en las alegrías. Y como él, hasta en las dificultades sale con bromas, me decía:

—¿Y la pensión para cuándo?

Mucha gente me aconsejaba que dejara eso, que vendiera, que no arriesgara la vida. Pero yo era una enamorada de mi tierra, tenía mi arraigo... Aquí trabajó mi abuelo, mi padre, mi madre... Nadie nos iba a dar buena plata por ser zona roja.

Pero un hecho en medio de este mismo conflicto nos obligó a trasladarnos a la cabecera municipal. Antes de partir le dije a mi esposo:

—Así como están las cosas lo mejor es que vendamos el ganado y arrendemos la finca. Yo no quiero que se repita la historia de mi padre...

Fiamos el ganado y ahí viene lo peor: la persona que lo recibió no pagó y por esto tuvimos que ir a trabajar como mayordomos a una finca cerca de Chaparral, para mantenernos con nuestros hijos. Pasamos muchas necesidades, esto sirvió para tener aún más sentido de pertenencia por, "mi finca". Ese lugar mágico. ¡La extrañaba tanto!

Sobre todo, su agua cristalina. Donde estábamos en Chaparral escaseaba. Hasta mis hijos que siempre refunfuñaban por lo lejos que quedaba La Lorena aprendieron a querer lo que ella nos proporcionaba: quebraditas cada na-





da como hilos de plata que invitan a beber. Nadie cuida y valora lo que no conoce.

En Chaparral yo seguía ejerciendo mi papel como representante legal de mi comunidad, asistía a reuniones y tuve contacto, muchas veces, con funcionarios de Parques Nacionales. Me di cuenta que podía postular La Lorena como reserva privada de la sociedad civil.

En una de tantas reuniones supimos que Parques había firmado un convenio con un grupo de gente que cuidaba el medio ambiente. Se llamaba Semillas de Agua. Nos convocaron a una reunión. No quería ir... “¡Qué pereza! otra vez más de lo mismo y ninguna solución”. Pero fui. Y me enganché desde el primer taller.

Recuerdo perfectamente que al inicio del encuentro nos mostraron el esquema de un árbol. “Por ese árbol corren venas y tiene pulmones”, nos dijeron. Y nos invitaron a dibujarlos.

Desde ese día arrancamos un proceso de cambios de prácticas de manejo de suelos. Gracias a Dios y a esos convenios aprendimos a querer más la tierra. Y digo aprendimos porque mi esposo, que fue muy reacio al comienzo terminó involucrado, como toda mi familia.

Aprendí que el agua no viene del páramo, ella viene del suelo y si no lo cuidamos llegará la sequía. Aprendimos a monitorear el clima: lluvias, temperatura y humedad relativa. Si hay lluvias fuertes podemos dar aviso a los pobladores de las zonas ribereñas sobre posibles avalanchas...

Llegó la WCS —Sociedad de Conservación de Vida Silvestre— y realizamos una caracterización de flora y fauna. Cuatro días mirando y clasificando las plantas y los animales de La Lorena. Y ¡oh sorpresa!: descubrimos una nueva especie para la ciencia y la bautizaron con el nombre de mi finca: una *Miconia lorenaensis*. Un arbusto que da flores miniaturas blancas y amarillas. Y encontramos también una orquídea nueva para Colombia y muchos registros nuevos para el Tolima. ¿Cómo no querer ese lugar? Se obtuvieron por primera vez unas series fotográficas de osos de anteojos, de puma, de quince especies de colibríes y muchas más.

¡Son tantos los regalos que da la alta montaña!: si voy al río contemplo el espectáculo de los patos de torrente: se



dejan llevar, como hojas, por los remolinos de agua; y puedo contemplar, en un mismo día, desde una abeja hasta la majestuosa danta de páramo. Nuestro plan favorito con mi esposo es avistar orquídeas y aves en ese paraíso encantado donde también revolotean el águila paramuna, el águila crestada, la reina del espacio.

Donde esta última se posa los demás animales salen espantados.

Hoy, a pesar de todo lo vivido, me siento una mujer privilegiada, estoy en el lugar donde quiero estar y me gusta. No es solamente el arraigo, allá me siento libre, allá me siento plena... me confundo con mi tierra... Mi sueño es ver La Lorena como una reserva privada de la sociedad civil. Que todo el mundo la quiera como mi nieta Emily. A ella le encanta: ama a la abuela, a los animales... “Para mi pedacito de gente” con sus ojos llenos de alegría que emanan luz, este lugar es mágico.

Dicen que la gente cuando muere deja su esencia en el lugar que amó. Mi padre amaba La Lorena y su esencia sigue allí, yo lo puedo sentir. “La guerra apagó la mirada y silenció la palabra pero no pudo destruir las raíces”, dice un poema de Natali Domicó. Pienso que eso pasó con mi padre.



**NUBIA
CASTRO CÁRDENAS**



9 YEIMY ALEXANDRA QUIMBAY VACA

Mi origen, mi fuerza. La esencia de mi vida

Despeinada y sucia de verde aprendí a amar el campo. Ocurrió cuando era niña y me deslicé por la colina en verdes hojas de fique, recibiendo el aire puro en mi cara, disfrutando la adrenalina por la rápida velocidad en que bajaba. Ocurrió un día en que estábamos, con mis primos, de paseo en casa del abuelo.

La caricia del aire puro me inspiraba libertad.

Tengo diecisiete años, soy una chica con sueños, metas, aspirando dejar huella en mi entorno. Quiero estudiar, tener un trabajo y preservar mí paraíso.

Mi generación manifiesta miedo al cambio climático. En mi colegio nunca debatimos sobre los daños ambientales y lo que significa para nuestras vidas como jóvenes. Siento que se nos están envolando nuestros sueños de infancia.

Yo apporto mi granito de arena: siembro árboles para fomentar la sombra, desecho la basura de manera responsable y así ayudo a proteger las pequeñas fuentes hídricas de mi terruño. Mi familia y yo somos afortunados: en las mañanas abrimos las ventanas, y vemos como llegan al jardín colibríes y mariposas; revolotean y le chupan el néctar a las flores.

En las tardes frías, tal vez buscando el calor, nos guardamos en la sala y conversamos. Contamos hazañas muy divertidas, papá y mamá nos hablan sobre su enamoramiento: él le tiraba tusas de maíz a mamá cuando iba a trabajar en la casa en donde ella vivía y le llevaba Yoguetas.

También conversamos sobre cómo ha cambiado nuestro entorno. Mi padre comenta mientras degusta un café: “Antes podíamos cultivar sin necesidad de tanto químico, ahora si no hay químicos no hay buena cosecha”. Mamá también opina: “En mi infancia había más agua, ahora ha disminuido... Hace años bajaba mucha por las cañadas y ahora casi está seco”. Así nos motivamos a seguir construyendo un entorno lleno de armonía: no queremos que los colores de la naturaleza se apaguen.

Me preocupa la angustia que sentimos los jóvenes de mi generación. Yo que vivo en el campo, tengo esa conexión con la naturaleza, sé que necesita de nuestro apoyo.

Podemos utilizar el transporte público, desconectar los aparatos que no están en uso, reutilizar y reciclar. Así recuperaremos el valor de acariciar, y disfrutar el fluir del agua, el murmullo de las aves y de los árboles, la sintonía entre la naturaleza y el ser humano.

No quiero perder mis sueños de niña.



**YEIMY ALEXANDRA
QUIMBAY VACA**



Cómo no luchar por mi terruño...

HISTORIAS DE VIDA DEL TOLIMA

Corporación Colectivo Ansur

ISBN 978-000-00000-0-0

ESCRITO POR

Álvaro Bernal
Carlos Enrique Ruiz Ospina
Frederman Gómez
Diba Andrade
Stella Macana
Isabel Llanos Cerón
Luis Alberto Rodríguez
Nubia Castro Cárdenas
Yeimy Alexandra Quimbay Vaca

TALLER DE ESCRITURA DIRIGIDO POR

Pilar Lozano Riveros

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

Camila Cesarino Costa

ILUSTRACIÓN

Olga Cuellar Serrano
Diba Andrade (PÁGINAS 5, 9,30-33,70)

IMPRESIÓN

Gema Publicidad

PRIMERA EDICIÓN 2024

CON EL APOYO DE

Misereor + Fastenaktion

BOGOTÁ, COLOMBIA

*Conversar viene del latín **conversari** y significa "vivir, dar vueltas en compañía". Por otra parte, hablar es poner fuera lo que podría enquistarse dentro. Cuando una maraña emocional logra hacerse discurso es que, de alguna forma, ya la hemos desenredado. Si ya está fuera, no está de igual forma dentro.*



ÁLVARO
BERNAL



CARLOS ENRIQUE
RUIZ OSPINA



FEDERMAN
GÓMEZ



DIBA
ANDRADE



STELLA
MACANA



ISABEL
LANOS CERÓN



LUIS ALBERTO
RODRÍGUEZ



NUBIA CASTRO
CÁRDENAS



YEIMY ALEXANDRA
QUIMBAY VACA



KR 27A # 40A-68 BOGOTÁ
TEL 601 7113613
CEL 305 7934743
colectivoansur@colectivoansur.org.co
www.colectivoansur.org.co

CON EL APOYO DE

MISEREOR
IHR HILFSWERK

Fastenaktion
Gemeinsam Hunger beenden